

XXVIII Domingo del T. Ordinario A/2017

Las lecturas de este domingo hablan de la alegría del reino de Dios. Muestran que Dios trae su alegría a nuestras puertas y a nuestros corazones. Nos invitan a hacernos dignos de la alegría de Dios a través de la forma en que vivimos.

La primera lectura de Isaías describe el tipo de gozo que Dios preparará sobre su monte para todos los pueblos de la tierra. Expresa ese gozo en términos de un banquete organizado por Dios. Muestra la alegría que la destrucción eterna de la muerte y del sufrimiento realizada por Dios traerá al mundo. Muestra también que en ese día la gente reconocerá que no fue en vano el haber esperado en el Señor.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el benefactor de su pueblo y de todas las cosas que pueden disfrutar en el mundo. Hay también la idea de que la alegría que Dios da es eterna porque destruye la muerte y el sufrimiento. La última idea está relacionada con la certeza de que los que ponen su confianza en él no serán decepcionados.

Este texto nos ayuda a entender mejor lo que Jesús dice en Evangelio de hoy cuando compara el reino de los cielos a un banquete de bodas. En primer lugar, el Evangelio comienza con Jesús quien habla a los principales sacerdotes y a los ancianos sobre el reino de Dios que se compara con un banquete ofrecido para la boda del hijo de un rey. Nos cuenta como los invitados rehusaron responder a la invitación. Nos cuenta igualmente como después de esto, el rey mandó a sus servidores a convidar a todos los que pudieran encontrar en los cruces de los caminos.

Después de esto, el Evangelio nos habla sobre un incidente que sucedió cuando el rey entró en el pasillo del banquete y encontró a uno que no tenía traje de boda. El Evangelio termina con una advertencia que declara que muchos son los invitados, pero pocos son los escogidos.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la alegría del reino de Dios. Quiero comenzar con una observación muy simple. De hecho, queremos todos ser felices y disfrutar de la vida tanto como sea posible. Todas las diferentes actividades en las cuales estamos envueltos, incluyendo nuestros empleos y pasatiempos tienen un solo objetivo, es decir, hacernos felices.

La experiencia humana, sin embargo, nos ha mostrado que la felicidad humana depende de las circunstancias y posibilidades de la vida. La experiencia humana nos ha mostrado también que las circunstancias de la vida cambian, como sería el caso en un revés de fortuna o un colapso en la salud. Todo esto nos lleva a la certeza de que la felicidad y la alegría humana son frágiles y efímeras. La alegría de Dios, por el contrario, es inalterable y eterna.

La paradoja, sin embargo, consiste en que la alegría humana, aunque frágil, resulta más atractiva para la gente que la alegría de Dios, porque apunta a la satisfacción inmediata de los deseos humanos. La alegría de Dios, por el contrario, se refiere más a la duración de la vida. A fin de tener acceso a esa alegría, tenemos que responder positivamente a la invitación de Dios y a actuar en consecuencia.

Esta observación nos ayuda a entender por qué los invitados en la parábola prefirieron ir a sus asuntos que responder a la invitación del banquete. La alegría de hacer negocios tuvo

prioridad sobre la alegría del reino de Dios. El objetivo de su vida no fue situado, en una visión a largo plazo, sino en la satisfacción inmediata de sus deseos.

Cuando hablo de la duración de las cosas y la visión a corto plazo de las cosas, no significa que lo que hacemos en el presente, como tener cuidado de la granja o tener un negocio, son cosas malas. Sólo significa que esas cosas, por importantes que sean, pueden volverse un obstáculo en nuestra relación con Dios y un impedimento para disfrutar el gozo del reino de Dios. ¿Por qué? Porque la gente puede estar tan ocupada con las cosas del presente que olvidan las cosas de la eternidad; puede estar tan preocupada por las cosas visibles que pasan por alto las cosas invisibles que tienen que ver con la vida eterna.

Aquí cabe una pregunta: ¿por qué el rey hace entrar a la sala a otras personas, cuando los invitados rechazaron ir? Lo hace de esta manera, porque el banquete era importante y tenía que ocurrir necesariamente. Literalmente, esto significa que Dios quiere definitivamente que participemos de su alegría. El no es feliz cuando perdemos la oportunidad de salvarnos. La salvación es tan importante que cuando la gente no se salva, Dios sufre por ello. Él quiere que participemos en la alegría que él ha preparado para nosotros desde la eternidad.

En esta perspectiva, la salud es una gracia que Dios nos ofrece cuando nos llama. Esta es la razón por la cual en la parábola, el rey mandó a sus servidores a reunir a la gente de las calles, mala y buena. Pero, ¡qué hospitalidad tan generosa la de ser invitado a un banquete de improviso! Es como la sorpresa que alguien puede recibir por medio de una llamada telefónica de la Casa Blanca invitándolo a desayunar con el presidente de los Estados Unidos. ¡Qué gracia tan magnífica!

Aquí cabe otra pregunta: ¿Si la gente fue tomada de las calles y de improviso, por qué, entonces, es un problema el que no tuviera ropa de fiesta? Creo que cada uno entiende bien que, históricamente, la parábola se refiere a la entrada de los gentiles a la Iglesia cuando no esperaban en absoluto formar parte del pueblo de Dios.

Sin embargo, aunque la puerta está abierta para cada uno de nosotros, una vez que la gente entra, tiene que cumplir con las expectativas de Dios. Si ellos son amados por Dios, deben también responder a ese amor. Por eso, la gracia crea responsabilidad. Sería un error que alguien pensara que por haber sido llamado por Dios, tiene ya la salvación. No podemos continuar viviendo el mismo tipo de vida que vivíamos antes de nuestro encuentro con Jesús. Debemos vestirnos de una nueva pureza y una nueva santidad y una nueva calidad de vida. La puerta está ciertamente abierta, pero no está abierta para que el pecador entre y permanezca en el pecado, sino a fin de que se haga santo.

Esta es la razón porque el Evangelio termina con una advertencia: “Muchos son los llamados y pocos los escogidos”. No es Dios quien nos escoge, sino que nos escogimos cuando nos hacemos dignos del Señor a través de nuestro comportamiento. Si no cambiamos corremos el riesgo de ser rechazados a la fin de nuestra vida. Oremos, por que Dios nos ayude a cambiar y hacernos dignos de su reino. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 25, 6-10; filipenses 4, 12-14. 19-20; Mateo 22, 1-14

Fecha de la Homilía: el 15 de Octubre de 2017

© 2017 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20171015homilia.pdf